

FERNANDO DE HERRERA,  
*ANOTACIONES A LA POESÍA DE GARCILASO*

Por PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

Excmo. Sr. Director de la Academia de Buenas Letras,  
Excmos. Académicos,  
Señoras y Señores.

Me siento muy honrado con la invitación que me ha hecho el Director de esta Academia para que participe en la presentación de la edición de las *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*, de Fernando de Herrera, realizada por los profesores Inoria Pepe y José María Reyes. Permítanme que, brevemente, les indique las razones de esta enorme satisfacción: la oportunidad que se me brinda de hablar en tan docta casa, en una de las épocas más florecientes de la Academia. La Academia vive —y lo puedo decir con la objetividad que tiene quien la observa desde fuera— uno de los períodos más activos y de mayor presencia en la vida cultural de la ciudad en los tiempos modernos, y además estamos a pocos días de la celebración de los actos con que se va a conmemorar los doscientos cincuenta años de su existencia.

En segundo lugar, porque se me ofrece hablar, aunque sea sólo unos minutos para dar lugar a otros especialistas, de una obra incontestablemente fundamental en el desarrollo de la poesía española de los Siglos de Oro, editada de modo impecable por estos profesores.

La Dra. Inoria Pepe Sarno es catedrática del Dipartimento di Letterature Comparete de la Università di Roma, “La Sapienza”.

Sus muchos trabajos en el campo del hispanismo –y el italiano es un hispanismo de primera fila– se han centrado, de modo preferente en el estudio de las academias literarias, el petrarquismo, las justas poéticas, la crítica textual y la ecdótica en los textos españoles. Y, me parece que no exagero lo más mínimo, si les digo que es una excelente conocedora de la obra de los escritores sevillanos de la época áurea, de modo especial de Argote de Molina, Juan de la Cueva y Herrera, sobre todo Herrera, del que ha publicado varios trabajos, por lo menos, si no estoy mal informado, desde principios de la década de 1980.

El Dr. José María Reyes Cano es Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Barcelona. No saben ustedes cuánto me complace acompañarle –acompañarles– esta tarde aquí en la presentación de esta obra. José María comenzó sus estudios de Licenciatura en nuestras aulas sevillanas y asistió a algunos de mis cursos, hace ya bastantes años, y desde entonces nos une una fraternal amistad. Siempre lo tuvo muy claro: sin el conocimiento profundo del italiano y de lo que la cultura y las letras italianas representaron en el pasado es imposible explicarse aspectos fundamentales de la literatura española de los siglos áureos. De modo que hizo de Italia su segunda patria y de su literatura han salido algunas de sus preferencias de estudioso. La poesía de cancionero, sobre todo el *Cancionero General* de Hernando del Castillo, los *Diálogos de amor* de León Hebreo, la edición bilingüe de *Los Asolanos* de Bembo, Juan de la Cueva una y otra vez, Cervantes y Herrera están entre los desvelos prioritarios de este investigador y crítico de nuestra literatura.

Durante varios años ambos especialistas, unas veces en Barcelona y otras en Roma (la verdad es que así da gusto trabajar), han conseguido esta edición fundamental de la obra de Herrera sobre la poesía de Garcilaso. Garcilaso y Herrera, y con eso decimos, ni más ni menos, que una buena parte de la poesía española de los Siglos de Oro.

Esta obra que ahora estamos presentando contiene varias partes: el estudio de las *Anotaciones*, que se detiene, por un lado, en la valoración y significado de esta obra de Herrera, y, por otro, en el análisis crítico de la edición herreriana de 1580. La edición de las *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernan-*

do de Herrera, con un aparato de notas ciertamente apabullante, y una serie de índices, hasta seis, que bien sabe Dios lo útiles que nos van a ser y cómo se los vamos a agradecer.

Con buen criterio, los autores han prescindido de notas biográficas –por lo demás conocidas a un lector medianamente preparado–, juicios críticos sobre la obra del poeta beneficiado de San Andrés, y otras noticias que vienen a rellenar, a veces con escasa justificación, la mayoría de las ediciones de los clásicos españoles. Nada, pues, del consabido epígrafe “Vida y obra”, sino que, desde la primera página, mostrando la urgencia de no perder el tiempo y el espacio, los autores entran de lleno en el meollo de la cuestión: qué es lo que representó –lo que representa– las *Anotaciones* para la historia de la poesía, mejor aún, de la literatura española.

Garcilaso había sido el introductor del petrarquismo en la Península y había conseguido que su limpia, por diáfana, y personal lengua poética se convirtiera en la referencia ineludible de los poetas de la primera mitad del siglo XVI. En realidad el autor de las *Églogas* había sido faro y guía al que miraban todos hasta los tiempos de Herrera. Y no se pueden discutir los frutos de este magisterio –ahí están los Cetina, los Hurtado de Mendoza, y otros muchos–. Pero, avanzada la segunda mitad del Quinientos, la lengua poética que el toledano había prestigiado se estaba quedando estancada, algo momificada, por la repetición que de ella hacían algunos rutinarios imitadores, así como de otros modelos italianos. Herrera, tan lúcido siempre, y tan original e independiente, en sus apreciaciones sobre la lengua poética, entendió que ésta necesitaba de un nuevo planteamiento y de una diferente concepción. Y se puso al frente de esta revolución literaria que, de su mano, hacia finales del siglo XVI, lograría fijar una lengua poética nueva. Y de paso, otro logro no menos señalado: como lengua vulgar, el español llegaría a elevarse en la consideración del mundo occidental hasta tocar la cima que había alcanzado el italiano durante el Renacimiento, e incluso superarla.

El proceso que culmina en la obra y concepción lingüística de Fernando de Herrera (el sevillano había compuesto su obra entre 1570 y 1590; las *Anotaciones* aparecen en 1580, y en 1582 su extraordinaria antología titulada *Algunas obras*), se sustenta, sobre

todo, en dos pilares: el modelo que ofrecía Pietro Bembo en la Italia de finales del XV y principios del XVI, y el sólido convencimiento de que la lengua poética es algo absolutamente distinto de la lengua de uso cotidiano. ¡Adiós –por lo menos de momento– a las teorías de Juan de Valdés y sus seguidores!

Bembo, a finales del XV, se da cuenta de que el Renacimiento italiano necesita su propia lengua poética, su propio sistema expresivo en el terreno de la lírica. No duda de que el punto de partida es Petrarca, que en el siglo XIV había sido capaz de llevar el italiano a su cumbre. Pero la meta lograda por el cantor de Laura resultaba ya demasiado cercana e insuficiente para los escritores a finales del siglo XV, de modo que, sin dejar de apreciar en su justa medida el modelo petrarquista, y sin dejar de considerarlo como el comienzo, Bembo se decide por la creación de una nueva lengua poética moderna acorde con el nuevo hombre del Renacimiento, ofreciendo como modelo su propia obra lírica y exponiendo su teoría en *Le prose della volgar lingua* y *Gli Asolani*.

Varias décadas después, y siguiendo sus pasos, Herrera se enfrascará en la misma aventura de elaborar toda una teoría poética nueva que expondrá en sus *Anotaciones*: no tiene duda, Garcilaso ha sido el mejor poeta español hasta el momento, él ha conducido el castellano a la cumbre que habita, pero también para los poetas de la segunda mitad del Quinientos esta cumbre resultaba ya demasiado a la mano.

Como Bembo, Herrera no centra su interés en la lengua en sí, sino en la lengua poética, lo que hoy llamamos la poesía lírica en su configuración formal, completamente cerrada a cualquier interferencia de la oralidad en todas sus expresiones. Ambos comparten que la *inventio* no se basa, primordialmente, en el ingenio, sino que es fruto de una larga elaboración doctrinal y de un trabajo de imitación. La subjetividad debe acoplarse a los instrumentos retóricos y expresivos que el poeta debe dominar. Y si las guías modélicas están para Bembo en *le tre corone*, Herrera va a buscarlas en los clásicos latinos y griegos y los poetas italianos, que se convierten en el acicate para llegar más allá de las cimas pisadas por ellos. Y este es el reto de la poesía para el escritor sevillano: a partir de lo conseguido por Garcilaso, hay que seguir hacia metas más elevadas. En total sintonía, ambos comparten la opinión de

que la lengua de arte nada tiene que ver con la lengua conversacional y cotidiana.

Con sus *Anotaciones*, Fernando de Herrera había conseguido formular, nada más y nada menos, que la primera gran poética de la historia de la literatura española. A lo largo de sus comentarios de la obra de Garcilaso, una y otra vez se trasluce que la poesía no es fruto de la sola fuerza del ingenio, sino el resultado del cuidado, la preparación y el trabajo del poeta. Y lo que es verdaderamente sorprendente por su modernidad es con qué convencimiento subraya que “no sólo es necesario el escogimiento de las palabras en los versos, pero mucho más la composición, para que se constituya d’ella un hermoso cuerpo, como si fuese animado”. Ni más ni menos que la concepción del poema como un todo integral, un cuerpo único en que todos los elementos, desde los semánticos hasta los fónicos y rítmicos, se integran y concurren en la armonía del conjunto.

Los autores de esta edición, se han visto obligados a meterse por los entresijos de esta complejísima obra para desbrozar y aclarar en qué consiste esta nueva teoría literaria: los distintos géneros poéticos (el soneto, la canción, la égloga), las figuras de dicción y de pensamiento (con especial atención a las figuras de expresión y a la metáfora), el problema de los neologismos y arcaísmos, el análisis que el poeta-comentarista efectúa de los versos en sí, atendiendo sobre todo a sus valores fónicos y cómo estos inciden en la significación de los mismos, etc., etc. Esta labor se lleva a cabo en las muchas páginas de esta edición con un rigor crítico, con un saber filológico y una sensibilidad poética verdaderamente admirables. Y si el profundo y clarificador estudio de introducción que antecede a la edición es ejemplar, en las notas que acompañan al texto de Herrera-Garcilaso, han desarrollado y ejemplificado con acierto la teoría poética de Herrera, han encontrado y señalado numerosas fuentes, al tiempo que ofrecen comentarios precisos orientando con mano maestra al lector para que no se pierda por tan complejo texto.

Y ahora viene el trabajo editorial: todo un laberinto del que salen airosos. Las *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera*, dedicadas a don Antonio de Guzmán, Marqués de Ayamonte, aparecieron en Sevilla, año de 1580, impresas por Alonso de la Barrera.

¡Qué descanso sentiría el bueno del impresor cuando vio salir por las puertas de su taller, que había heredado de su padre Sebastián Trujillo, y que estaba en la plaza de Villasís (“en las cocheras o casas de Pedro Pineda”), el último volumen de las *Anotaciones*! El beneficiado de San Andrés, que estaba a unos pasos del taller, era un escritor maniático, obsesivo y perfeccionista —son palabras de los profesores Inoria Pepe y José M. Reyes, pero que he leído con la sonrisa en los labios y he hecho mías de inmediato—, porque Herrera tuvo que ser de trato un poco áspero e insoportable, y que me perdone Dios por hablar así de los muertos, pero en este caso está más que compensado por el general reconocimiento de su espléndida obra. Los retoques interminables del libro, que iba viendo crecer por días, se le harían a Alonso de la Barrera insoportables y más porque Herrera los hacía en plena composición, con la prensa sin dejar de funcionar. Aunque con muchas dificultades, el crítico de hoy puede rastrear, como si de un manuscrito se tratara, el proceso de corrección por parte del autor —y por lo tanto de último retoque en la redacción— de una obra impresa, en cuyos ejemplares, todos fechados en 1580, se encuentran párrafos, términos...diferentes. A pesar de ello, no son muchos los datos que sobre el proceso de redacción de esta obra poseemos.

De casi setenta ejemplares que se conservan repartidos por el ancho mundo, nuestros editores, que han manejado catorce, fijan su texto sobre la base del ejemplar guardado en la Biblioteca Nacional de Madrid (R. 3679), que es sin duda uno de los mejor conservados y muestra del último estadio del complejo proceso de impresión de la obra.

Siendo ésta pieza angular de la teoría poética española, no teníamos hasta ahora una rigurosa edición basada en los criterios que aplica hoy la filología a esta clase de libros. Contábamos, eso sí, con dos ediciones facsimilares: la de Antonio Gallego Morell, de 1973, y la de Juan Montero, de 1998, bellamente editada. Y podíamos consultar también el texto de Herrera, en la edición-transcripción del propio Gallego Morell, aparecida en Gredos en 1966, 2ª ed. 1972. Este volumen recogía, junto a los de Herrera, los comentarios del Brocense, Tamayo de Vargas y Azara. No nos extraña que la historia editorial de las *Anotaciones* haya sido tan

pobre y breve. Herrera es mucho Herrera, y sus *Anotaciones* un verdadero desafío para el filólogo.

De inmediato hay que decir que nuestro sevillano establece, con absoluto rigor e intransigencia –que me parece muy bien– sus propios criterios ortográficos, su propia ortografía, e incluso impone al impresor la utilización de marcas gráficas para señalar el distanciamiento entre lenguaje vulgar y lenguaje poético. Nuestros editores de hoy han fijado el texto con toda precisión y el rigor científico que la obra exige, de modo que por primera vez aparece completo, respetando con fidelidad la voluntad del autor.

La obra de Garcilaso que encontramos en este apretado volumen, reproduce, como no podía ser de otra manera, la versión que ofrece Herrera, lo que sitúa a nuestros editores ante un apasionante problema filológico: cuál es el Garcilaso de Herrera. En el texto del toledano el primer cuerpo de notas va dirigido a establecer con absoluta precisión este asunto. El sevillano sólo edita –y no dice por qué– 35 sonetos, 5 canciones, 2 elegías, 1 epístola y las tres églogas, que no es la obra completa que, como se sabe, nos ha llegado. Nuestros editores piensan, y me parece que aciertan, que el punto de vista estilístico condiciona en la labor de Herrera su actividad de dimensión ecdótica. Pero esto no quiere decir que Herrera “fabrique” su propio Garcilaso ofreciendo de su obra un texto paralelo o ajeno a la tradición textual de la poesía del poeta toledano y adaptado a sus intereses, sino que a partir de sus criterios estilísticos, sus lecciones prestan una atención especial al ritmo del verso, al léxico, a la coherencia del poema en general y del metro en particular o a los valores fónicos, y el comentario de todo este corpus se constituye en elemento fundamental de las *Anotaciones*.

Con excelente sentido común, nuestros editores avisan a los críticos, comentaristas y editores de Garcilaso de que hay que tomarse muy en serio lo que el propio Herrera deja caer en sus comentarios sobre la necesidad de limpiar un texto viciado ya por otras manos. Lo que Medina vino a anunciar en su prólogo: “lo limpió de los errores con que el tiempo, que todo lo corrompe, i los malos impresores, que todo lo pervierten, lo tenían estragado”. El problema es –bueno, uno de los muchos problemas– que no siempre Herrera –mejor sería decir pocas veces– explicita qué y por qué

ha modificado una lección. De este modo, con esta serie de importantísimas variantes que con unos criterios concretos, en los que prima la conciencia exquisita de un poeta que se esfuerza por ofrecer al lector el texto de otro, con un punto de vista estético dominante, la edición de Herrera se convierte, dado el proceso de transmisión de la obra del toledano, en un eslabón sin el que la cadena se rompería. Los editores han reseñado todas y cada una de las variantes que ofrece la lectura del sevillano, lo que supone una labor meritoria, que ya habían recogido sólo algunos de los garcilasistas, si bien en ediciones algo restringidas (como Rivers, 1981, y Rosso Gallo, 1990), pero que otros, recientemente, en ediciones de mayor tirada y difusión, apenas si han atendido. Para nosotros la conclusión es clara: no se puede hacer una edición rigurosa de Garcilaso sin contar con las variantes de Herrera.

En un segundo cuerpo de notas muestran nuestros editores los problemas textuales que presenta la edición.

El tercer cuerpo de notas, el más amplio y complejo, con más de dos mil entradas, aclara la ingente y variada información que el sabio editor sevillano ha acumulado: ha sido un meritísimo rastreo de fuentes antiguas, italianas, de escritores españoles, noticias, exposición de fundamentos teóricos, opiniones críticas, datos históricos, referencias mitológicas, etc., explicados y aclarados con verdadero logro, mostrándonos a los lectores de hoy toda la incommensurable erudición del humanista que fue Herrera, que puso todo su saber, toda su sensibilidad y su exquisito gusto para el análisis y comentario de ese trozo de belleza que denominamos poema.

Como si les pareciera poco a nuestros editores, en este cuerpo de notas incluyen además nada más y nada menos que todos los comentarios de la obra de Garcilaso debidos al Brocense (1574), así como una amplia antología de la disputa entablada entre un enemigo castellano de Herrera, el supuesto Prete Jacopín, y otro desconocido tras cuyo disfraz se oculta el Divino, que amplía aquí sus comentarios, sintiéndose más libre para contestar y atacar con dureza a quien le ha criticado por atreverse a comentar, siendo él andaluz, la obra del poeta toledano Garcilaso.

En definitiva, y acabo, estamos de enhorabuena todos porque, gracias al trabajo ejemplar e impagable de los profesores Inoria

Pepe y José María Reyes, podemos leer hoy, con todas las garantías que la más rigurosa filología debe ofrecer, este texto fundamental de la historia de la literatura española, donde se dan la mano Garcilaso y Herrera, y en el que éste ofrece, nada más y nada menos, la nueva teoría de la lengua poética que ha de regir la lírica esplendorosa española. La filología española está en gran deuda con estos dos críticos porque, por fin, desde hoy podemos contar con esta magistral edición de una obra señera de la literatura española. Muchas gracias.